el cual se hallan cruzados y con los mangos hacia abajo una hoz y un martillo de oro bañados por los rayos del sol y rodeados por una guirnalda, con esta inscripción:

"República Rusa de los Sovic's Socialistas Confederados.

"Trabajadores del Mundo! Unios!"

—

Después del anterior bosquejo de la Constitución rusa creemos oportuno mencionar algunas leyes expedidas por el Comité Central Ejecutivo en desarrollo de la Constitución y con el objeto de poner en práctica las ideas socialistas preponderantes en Rusia.

La primera de esas leyes se refiere a la tierra y se titula «Ley fundamental sobre socialización de la tierra». Los artículos principales de ella son los siguientes:

"Artículo 1.—Todos los derechos de propiedad sobre la tierra, sobre los tesoros que existen en la tierra, sobre las aguas, bosques y demás recursos naturales fundamentales dentro de los límites de la República, quedan abolidos.

"Artículo 2.—La tierra pasa al uso de la población trabajadora sin ninguna compensación secreta o pública a sus primitivos dueños.

"Artículo 3.—El derecho a usar la tierra pertenece a los que la cultivan con su propio trabajo personal, con excepción de clases especiales determinadas en este decreto.

"Artículo 6.—Todos los animales vivos de propiedad privada y las granjas o cortijos inventariados pertenecientes a individuos que no trabajan personalmente, pasan sin ninguna indemnización a los departamentos de tierras de los Soviets de Condados, de Provincia, de la Región o de la República para que dispongan de tales propiedades.

"Artículo 19.—La tierra se le concede a todos los que deseen labrarla por sí mismos para el beneficio de la comunidad y no para obtener ventajas personales.

"Artículo 35.—Con el objeto de establecer el Socialismo, la República ofrece ayuda cultural y material para el cultivo de la tierra, dándole preferencia a la forma comunal y cooperativa de cultivos sobre la forma individual."

Siguen después muchísimas disposiciones reglamentarias importantes, deducidas de los principios que anteceden y encadenadas de un modo lógico que revela un plan muy meditado.

Otra ley importante es la de la nacionalización de la industria bancaria. Los artículos 1 y 2 dicen así:

"El negocio de banca es un monopolio del Estado.

"Todos los bancos existentes y oficinas de banca quedan absorbidos por el Banco del Estado."

Se crea por una ley especial una «Oficina Suprema de Economía Nacional», subordinada al «Consejo de los Comisarios del Pueblo» y encargada de funciones de inmensa importancia, como se ve por los artículos siguientes:

"Artículo 2.—La tarea de la Oficina Suprema de Economía Nacional es la organización de la economía nacional y de las finanzas del Estado. Con ese fin la Oficina preparará los planes de regulación de la vida económica del país; coordinará y unificará las actividades de otras juntas especiales, centrales o locales, que se creen para dirigir las industrias de combustibles, metales, transportes y provisiones; cooperará con los respectivos Comisarios del Pueblo en todo lo relativo a comercio e industria, agricultura, finanzas, guerra, marina, etc., etc., y en todo lo que se refiere a las actividades de las organizaciones de obreros en materia de fábricas y de comercio.

Artículo 2.—La Oficina Suprema de Economía Nacional tiene el derecho de confiscación, de hacer pedidos, de decretar secuestros o embargos, de ordenar la unión compulsiva de varias ramas de la industria o del comercio y de dictar toda clase de medidas en el campo de la producción y distribución económica y de las finanzas del Estado."

La República Rusa ha regulado el matrimonio y el divorcio de un modo sencillo y claro. Todo cuanto se ha publicado sobre nacionalización de mujeres y de niños, matrimonios obligatorios y cosas semejantes, es absolutamente infundado. El matrimonio civil es obligatorio; el matrimonio religioso es voluntario.

La ley rusa no reconoce diferencias entre hijos legítimos e ilegítimos: todos son iguales y con iguales derechos.

Sobre herencias, la ley establece una completa demolición de todo régimen o principio anterior. El artículo fundamental de la ley especial de 27 de Abril de 1918 dice:

"La herencia, sea por ley o por testamento, queda abolida. Después de la muerte de un propietario, los bienes que le pertenecieron, sean muebles o inmuebles, pasan a ser propiedad del Gobierno de la República Rusa de los Soviets Socialistas Confederados."

Los descendientes o ascendientes del muerto, su esposa y las demás personas que de él dependían y que no puedan trabajar serán mantenidas por el Estado con los bienes del finado.

—

Las transcripciones que anteceden son suficientes para dar una idea de la revolución social que está efectuándose en Rusia bajo el predominio de las doctrinas socialistas extremas. ¿Podrá afirmarse definitivamente ese régimen y hacerse atractivo para otros pueblos, como lo pretende Lenine y sus compañeros de labor y de propaganda? Imposible es responder por ahora a esa pregunta. Nos asaltan sobre el asunto graves dudas fundadas en una razón que no sabemos cómo se ha podido ocultar a la sagacidad y a la inteligencia de los revolucionarios rusos. El régimen parece inspirarse en la hostilidad entre diversas clases sociales y tiende a la destrucción de los capitalista por medio de la confiscación y del predominio de los proletarios. Es la subversión de un orden tiránico para ser reemplazado por otra tiranía. (1) Si en vez de esa soberanía creara el régimen de la igualdad efectiva, ensayo podría resultar en un triunfo definitivo del ideal socialista que se inspira en una justicia social noble, elevada y fecunda como la en que fundó su sistema Edward Bellamy; pero la guerra de clases no conduce ni conducirá nunca al equilibrio entre la varias fuerzas que rigen las sociedades humanas, y no hará sino provocar reacción violentas y peligrosas. Esa es la sombra que obscurece el cuadro. Que cambien de rumbo los maximalistas rusos y su obra podrá ser loable y eterna.

—

(1) NOTA DEL D.—Aunque admiramos sin reservas y recomendamos el artículo precedente con que nos honra el Dr. Morales una de las mejores plumas de América, creemos necesario hacer constar que no compartimos del todo sus ideas e impresión acerca del alcance y virtualidad de la grandiosa revolución rusa

Arte y Letras

A la novela "Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis" le sale un impugnador

ES poco cuanto se diga del éxito extraordinario que ha tenido en los Estados Unidos la última obra de Blasco Ibáñez "Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis".

Pero entre el coro de alabanzas con que los críticos han acogido la famosa obra, se ha dejado oir últimamente una irritada voz de protesta contra el furor de entusiasmo provocado por el libro del escritor español. Esta voz es la de Frank Harris, uno de los más reputados escritores de Norte América, no sólo como autor de libros de fama europea, sino como director que ha sido de importantes revistas en Inglaterra y Estados Unidos.

Como el artículo en que aparece la crítica de Frank Harris no es largo, creemos cumplir mejor nuestra misión informadora traduciéndolo y dándolo a conocer íntegramente a continuación.

"Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis"

Una de las grandes calamidades de la caótica situación actual es que las materias literarias vienen siendo siempre decididas por los prejuicios políticos. Cualquier escritor, aun tratándose de un redactor de «New York Times» o «New York Tribune», tendría vergüenza de juzgar un cuadro o escultura de acuerdo con las opiniones políticas del artista; pero el mismo crítico no tendrá reparo en alabar o censurar una novela o descripción de la guerra estrictamente de acuerdo con sus preocupaciones políticas.

Yo he leído veinte o treinta críticas de esta novela de Ibáñez; todas ellas alababan el libro descomedidamente; en virtud de lo cual me imaginé que la novela era una diatriba más contra los alemanes y me preparé a no hallar en ella ni una chispa de talento. Pero «La Bodega», de Ibáñez, me había interesado y como un periódico hispano-americano había dicho que «Los cuatro jinetes del apocalipsis» marcaban un progreso notable sobre «La Bodega», me decidí a leerla. Es muy larga, dos veces más larga que «La Bodega», y el argumento es una mera sucesión de incidentes, una descripción de la vida de la Argentina hace treinta años, y luego la vida en París y en Francia durante la guerra.

Como descripción de vida, la primera parte del libro es infinitamente la mejor; Ibáñez entiende la vida española y el carácter español; pero cuando trae sus ricos argentinos a París se sale de ambiente. Ibáñez cree firmemente todo lo que se ha dicho contra los alemanes; el resultado es una pintura de obscenas bestias salvajes más groseras que monos, más feroces que lobos. Ibáñez ha dado rienda suelta a todos sus prejuicios latinos en el curso de este libro; los alemanes que pinta son irrevocablemente malos, sin una sola excepción. Sus prejuicios le ahogan como a Kipling.

Esto explica la inmensa popularidad del libro en este momento y me ahorra la molestia de probar que dentro de cinco años será tan groseramente ofensivo al buen sentido de los lectores en general como lo es ahora para el lector reflexivo.

Es una lástima, pues el libro tiene algunas bellas páginas. El héroe argentino del libro, Julio, se conquista el afecto de una francesa casada, pero cuando la guerra estalla siente

ella un ímpetu de sacrificio que la lleva a trocarse en enfermera, abandonando a su amante. Más tarde se encuentran; pero ella se ha consagrado devotamente a su burgués marido, soldado francés que acaba de perder la vista en batalla. Y cuando Julio la acosa, ella declara que le ama tan apasionadamente como antes, pero que ama también a su pobre marido herido y enfermo. "No puede ser, no puede ser", grita Julio; "tú no puedes amar al mismo tiempo a dos hombres". "Sí, les amo", replica ella, "y por eso es que debes irte; si yo no te amara y temblase por tí, ¿por qué había de querer que te fueses?"

Esta escena es nueva, hondamente concebida, diestramente ejecutada. Pero una buena escena no es bastante para hacerse perdonar quinientas páginas. El efecto total del libro es deprimente y repulsivo. No hay una sola nota de necesidad que redima el sufrimiento, ningún sentido de un alto destino reclamando el sacrificio humano, ni aún la amarga, saludable lección de que el egoísmo debe expiarse tarde o temprano; ningún soplo de inspiración, ningún rayo de fé en la redención por el castigo, ningún murmullo de un credo consolador, nada! Ciegamente han vivido estos hombres, cada cual para sí, y ciegamente han muerto, y el diablo se los vá llevando a todos, desde el primero al último, como a un montón de miés segada.

Es triste que el talento de Ibáñez no haya podido hacer algo mejor que esto."

Un nuevo compositor inglés se da a conocer

Bryceson Treharne, oriundo de Gales, Inglaterra, era un prisionero que se escapó de un campamento alemán en el año 1917 y desde entonces comenzó a adquirir fama internacional por la belleza de las canciones que ha venido componiendo. Casi todo su repertorio se compone de canciones, pero el encanto de éstas sobrepasa de tal modo cuanto se ha producido en este género en su país, que Louis Graveure, crítico musical de Londres, le considera como el Schubert inglés. He aquí algo de lo que ha dicho Graveure en un reciente trabajo:

> "Briceson Treharne, en mi opinión, ha venido a cristalizar los sueños que hemos acariciado hace años de una literatura de canto en el idioma inglés que valiese la pena desde el más alto punto de vista. Me gustaría pronosticar que el triunfo de las canciones de Bryceson Treharne provocará el despertar de un gran número de compositores ingleses que, alentados por el hecho concreto de este triunfo, se atreverán a darle de lado para siempre a sus vanos intentos de copiar a Debussy y Strauss, para dar rienda suelta a su genuina inspiración artística."

Y otro crítico que escribe en el «New York Times» vé en Treharne a un compositor de canciones de un tipo moderno, "cuyo fuerte está en la expresión declamatoria, en cierto realismo plástico, en la pintoresca sugestión y delicada evocación conseguidas mediante un acompañamiento de piano forte muy complicado. Este acompañamiento se basa casi siempre en combinaciones de armonía tan audaces como originales. Los versos que más atraen a Treharne para sus composiciones son los de carácter simbólico y místico y a veces los humorísticos. Shakespeare es el autor cuya poesía le ha merecido hasta ahora mayor predilección. También figuran en su repertorio composiciones de Byron y Browning.

Cuando estaba internado en Alemania, Treharne escribió nada menos que doscientas canciones, y ni el rigor de la prisión ni la escasa y mala comida lograron agostar su actividad creadora. Dieciocho meses después consiguió que lo incluyeran en un canje de prisioneros y regresó a Inglaterra. Actualmente se encuentra en los Estados Unidos, donde está componiendo dos óperas, una de las cuales se basa en una leyenda galés. El libreto para esta ópera fue escrito por un compañero de prisión llamado Leigh Henry.

Libros para Sur-América

Hace tiempo que de los Estados Unidos se ha estado remitiendo a los países de Sur-América grandes cargamentos de libros, con el fin de promover relaciones intelectuales más íntimas entre ambos continentes. No ha habido remesa que haya bajado de mil libros y alguna de éstas ha alcanzado la cifra de dieciseis mil. Estas colecciones incluyen libros de los autores más notables en

prosa y verso y también obras educativas de historia, geografía, pedagogía, filosofía, industria, etc., escogidas estas últimas por el doctor Peter H. Goldsmith, de la sociedad «International Conciliation». Igual medida se ha adoptado en distintas universidades americanas y el «New York Times» da cuenta de que hay ya grandes colecciones de libros latino-americanos preparadas para ser repartidas entre las universidades y otros centros de Norte América.

Escuela de cine

En la Universidad de Columbia de los Estados Unidos se está por inaugurar en este verano un curso nuevo que tendrá por objeto la ciencia de la cinematografía, según la llama «The World», el periódico de donde tomamos esta noticia. No solamente se dará clase de fotografía cinematográfica, sino también, y muy detenidamente, de todo lo relacionado con la complicada técnica de las comedias y dramas del cine.

Cinedrama sensacional. — "La bella de Nueva York."

La opereta de este título que hizo tanto ruido en Inglaterra y Estados Unidos hace cosa de veinte años y en la que la celebrada artista americana Edna May alcanzó su éxito más resonante, será muy pronto exhibida en los cinematógrafos del mundo. Convertir un drama musical en un drama de cine no es tarea fácil, y por esto la compañía se valió del conocido autor dramático Eugenio Walter, quien, en opinión de los inteligentes en la materia, ha logrado hacer la traslación sin alterar en lo más mínimo la trama de la obra. Marion Davies, una de las más bellas y talentosas estrellas del cine, es la que tiene a su cargo el papel principal. Hablando de su nuevo papel en esta obra, Marion Davies le dijo a un periodista:

> "Me gusta este papel más que ningún otro que haya hecho jamás ante la cámara. Por qué? Pues porque supongo que es más real y humano que los otros. Y también porque creo que me viene mejor que los demás papeles que llevo representados en el cine. No tengo duda de que el gran público será de mi misma opinión."

La pintura y la guerra

Recientes exhibiciones verificadas ultimamente en New York, todas sobre asuntos y episodios de la gran guerra mundial, han provocado un sentido lamento de parte del pintor americano Albert E. Gallatin, del Departamento de Publicidad Pictórica. Como quiera que estas celebradas obras todas son de autores ingleses y franceses, Gallatin acusa a los americanos de haberse dejado arrebatar totalmente la mejor de las oportunidades para que sus pintores mostrasen su fuerza al lado de los europeos.

> "Inglaterra, Australia y Francia se dieron cuenta inmediatamente de la oportunidad y mandaron al campo de batalla sus mejores hombres; pero América, a pesar de todos los ruegos y solicitudes de parte de dibujantes y pintores, se opuso una y otra vez. ¡Qué serie de grandes cuadros pudimos haber traído!
>
> Esta guerra ha sido de proporciones nunca vistas. Como han dicho los escritores, no se podría expresar con palabras. Las palabras son deficientes para expresar sus nuevas fases, sus nuevas condiciones, el nuevo mundo que ha ido surgiendo de ella. La historia de lo que ha pasado solamente podía decirla el lápiz y el pincel. Otros países se apresuraron a enviar sus hombres; Inglaterra, por ejemplo, mandó a Sir John Laverty a presenciar la entrega de la escuadra alemana. Laverty hizo cien cuadros marinos. Imaginad el valor histórico de éstos cuando pase el tiempo. En cambio nosotros no tendremos nada."

Los dramaturgos españoles en los Estados Unidos.

Un escritor de Boston, llamado Charles Alfred Turrell, acaba de dar a la publicidad una obra con las traducciones de algunos dramas de cuatro autores españoles. Estos son los señores Linares Rivas, Marquina, Zamacois y Joaquín Dicenta. El tomo contiene seis dramas y un prólogo en que se da una idea general de la literatura dramática contemporánea en España.

Comentando esta obra, dice en el «Sun» el crítico americano Barret H. Clark:

> "El estudio del teatro español de las últimas tres o cuatro décadas ha sido muy abandonado en este país. Echegaray ha sido saludado como representante del drama español durante tantos años, que se ha hecho costumbre considerarle como un contemporáneo de nosotros, cuan-

do en realidad sus obras se iniciaron casi en la época misma de las de Meredith. Gracias a los esfuerzos de John Garret y algunos otros hemos comenzado a reconocer la existencia de un grupo estrictamente contemporáneo de autores españoles. Mr. Garret ha traducido varios dramas de Benavente, dos de los cuales han sido representados aquí. Existen traducciones de algunos dramas de Guimerá, Galdós y los Quintero. Ya hay cerca de 30 dramas españoles modernos traducidos y publicados recientemente. Otros 15 ó 20 debieran publicarse y de esta manera estaríamos tan bien equipados en lo que respecta a España como lo estamos con Francia y Alemania y mejor preparados para estudiar el drama español que el italiano."

Ahora veamos lo que nos dice el mismo escritor acerca de las obras que contiene el volumen de Alfred Turrell. Este volumen empieza con la «Electra» de Galdós, acerca de la cual dice Mr. Turrell que es un drama fuerte, pero un poco limitado, subordinado al deseo de inspirarle entusiasmo sólo al público español. Del drama «La Garra», de Linares Rivas, dice que está escrito con la intención de exponer los males del dominio de las ideas clericales y que a despecho de la tesis es hondo y emocionante. Luego habla de los hermanos Quintero, representados en este libro por la comedia "Puebla de las Mujeres», vertida al inglés con el título de «The Women's Town» y dice: "aquí no nos tropezamos con ningún designio; la intención del autor es solamete trazar una pintura alegre y vívida de la vida provinciana, y en esto son sobresalientes estos autores."

«Cuando florezcan los rosales» es la obra de Marquina que ha escogido el traductor. De esta obra dice Mr. Clark que es una pieza sentimental con una historia de amor algo anticuada, pero decididamente encantadora. De Zamacois no dice sino que está representado en la obra por su comedia «Los reyes pasan». Y del «Juan José» de Dicenta dice que, aunque no es lo que se llama un drama de tesis, expresa el tratamiento injusto que se les da a los obreros.

Como se ve, no puede ser más superficial la impresión que este escritor le da a su público acerca de los autores traducidos. Pero de todos modos, el hecho es que ya ha nacido entre los americanos la curiosidad por las firmas españolas y esto ya es un triunfo colosal si se tiene en cuenta lo grande y rico del mercado.

El Centenario de Walt Whitman

El día 31 de Mayo se cumplieron justamente cien años de haber nacido, en West Hills, Long Island, el más inspirado y glorioso poeta que ha producido el Continente americano: el gran Walt Whitman.

Para los que conozcan la obra colosal del insuperable Whitman, ninguna otra fecha les parecerá tan digna de recordación y conmemoración como la de este apóstol y profeta del nuevo espíritu de democracia que ahora asoma en el mundo. Todo lo joven, lo sano, lo vigoroso, lo ardiente; todo lo que, bajo el cielo de América, sueña, clama y trabaja en nobles tareas de renovación y emancipación social, debe empeñarse en que no quede un solo rincón de América sin el honor de celebrar este aniversario.

Precisamente, en los Estados Unidos, cuna de Whitman, se ha celebrado hace poco el aniversario de otro poeta, James Russell Lowell, y, para concurrir a este aniversario, Inglaterra mandó nada menos que al gran dramaturgo, de fama europea, John Galsworthy. Cuatro días fueron consagrados a la fiesta de celebración. Y en relación con la magnificencia de este aniversario, el magazine americano «The New Republic» hace notar el gran contraste que se observa entre el entusiasmo de los elementos académicos y universitarios demostrado por la memoria de Lowell y el silencio casi absoluto, la frialdad polar que reina entre esos mismos elementos a la aproximación del centenario de Whitman. Y dice el citado periódico:

"Una cosa es glorificar a un hombre como Russell Lowell que trabajó industriosamente dentro de los límites de una vieja retórica y un romanticismo rutinario, y otra cosa es alabar al hombre que saltó por encima de estos límites. Y es más como liberador que como poeta que Whitman ha influído en el arte americano."

"El vino con un reto a muerte, en los labios y en la actitud, para la aristocracia literaria. Antes que nada, su ambición fue fundar una democracia de pensamiento, de emoción, de tema..." "Cuando la mayor parte de sus contemporáneos transatlánticos se dedicaban a pasear elegantemente por los jardines de la mitología, improvisándoles himnos a los amores menores de las divinidades griegas mayores, Whitman escribía:

—Ven, musa, emigra de Grecia y de Jonia.—

Tacha con una cruz esas cuentas tantas veces sobrepagadas,—
Esos asuntos de Troya, y la cólera de Aquiles, y los viajes de Ulises.
Sobre las rocas de tu albo Parnaso, escribe: «Mudada» o «Se alquila»...
Pues hay una zona mejor y más fresca: un imperio más grande te aguarda y te aclama.

No hay nada que él odiase tanto como las pedanterías académicas, como el repulido estilo de los que viven colgados de la Gramática y del diccionario. He aquí otro fragmento de los suyos que viene muy al punto:

"Me gustan las palabras flexibles, durables, impetuosas. Me gusta verlas aplicadas a mí mismo — y me gusta verlas en los periódicos, en los tribunales, en debates, en congresos. ¿Suponéis que las libertades y la fuerza muscular de estos Estados sólo tienen que ver con las delicadas palabras para oídos de damas? ¿Con palabras para uso de enguantados caballeros?

...Los malos presidentes, los malos jueces, los malos periodistas, los dueños de esclavos, los monopolistas, los filisteos, los afeitados, los castrados, los pisaverdes, los beatos... son los que gritan siempre contra el uso de las fuertes, cortantes, rudas y bellas palabras. Para los instintos viriles del Pueblo, siempre ellas serán las bienvenidas."

Juventud de América: no olvides que Whitman cumplió cien años de nacido el día 31 de Mayo de este año. Si eres amante de esta democracia nueva, de esta democracia de alma generosa que está naciendo ahora, no olvides que Whitman fue su precursor aquí en América... ¡Glorifícalo!

Aspectos nuevos e interesantísimos de la vida del gran Walt Whitman.

Guido Bruno, el autor del trabajo que transcribimos a continuación, tomándolo del brillante magazine que edita en Nueva York el famoso escritor Frank Harris, es uno de los intelectuales jóvenes que ahora en América se destacan con más vigorosa personalidad. (N. del D.)

Querido Walt Whitman:

Hoy es el vigésimo séptimo aniversario de tu muerte. Yo he venido aquí a adorarte en tu santuario. Soy europeo como sabes y nosotros los europeos tenemos en la sangre misma la reverencia de nuestros grandes escritores y artistas. Nos deleitamos yendo a visitar las casas que habitó el genio, yendo a ver por nuestros propios ojos los lugares que nuestros grandes hombres amaron. Camden no ha cambiado mucho desde tu partida. Las gentes entre quienes tú vivías son hoy las mismas que eran entonces: pequeños, mezquinos, vanos, intransigentes. Tus amigos son ahora tan pocos como en los viejos días. Déjame contarte algo de todo esto.

Nunca entró en mi ánimo la idea de cerciorarme del número de la calle de tu antigua morada. "Cualquier muchacho de la calle"—pensaba yo—"sabrá señalarme la casa de Whitman." Cuando entré en el pueblo le pregunté a un policía dónde estaba tu casa. "¿La casa de Whitman?"—repitió—"está lejos, fuera de la ciudad, en alguna parte mala, seguramente. Usted debe parar en «Ridgely House». Ese es el mejor sitio en el pueblo para hospedarse." No sabía nada el policía acerca de tí y pensaba que yo buscaba un hotel. El botiquero de una esquina cercana te conocía algo. "Guillermo Kettler era gran amigo de él"—me dijo.—"El le dirá todo cuanto desea saber." Y me dió la dirección de Mr. Kettler. Mr. Kettler vive todavía en «North Street», pero últimamente ha venido desempeñando el cargo de director de la biblioteca municipal. Está muy gordo, pero muy atento y bondadoso. Cuando llegué a la casa se estaba mudando y me dijeron que Mr. Kettler estaba enfermo y que se iba con su familia a la playa a pasar el verano. "Este culto de Whitman me enferma" — exclamó cuando supo a qué venía. "Vamos a ver ¿quién era Whitman, después de todo? ¿Poeta? Pues yo sostengo que hay ciertos escritores en los magazines de hoy, como los hubo en su tiempo, que escriben tan buenos versos como los de él. Y su prosa es abominable. Sus escritos no pueden leerse en ninguna casa respetable. Corrompen la mente y son ofensivos a la moral. Nosotros le hemos conocido bien, le hemos visto diariamente y su bochornoso modo de vida escandalizaba al pueblo."

"Yo era periodista y trabajaba en el «Camden Post», en tiempos de Bonsall, cuando Whitman solía visitarnos casi todos los días. Bonsall era amigo de él y le prestó muchos servicios. Pero Whitman era un ingrato."

"¿Quiere usted saber lo que nosotros, los ciudadanos respetables de Camden, opinábamos acerca de él? Yo no quiero referirme a la generación nueva, sino a los que le conocimos en vida. No parece bien el hablar mal de los muertos... pero siempre le tuvimos por un pordiosero incorregible que vivía de una

manera muy inmoral... un viejo vagabundo."

"Con decir que sólo hace unos meses uno de los más prominentes ciudadanos de este pueblo, John J. Russ, rico agricultor, se opuso a que figurase el nombre de Whitman en la lista de honor de nuestra biblioteca... Sin ir más lejos, el Juez Howard Carrot, de Merchantville, podría decirle a usted de qué modo aquel viejo bribón solía meter a las gentes en dificultades, y si el asunto hubiera venido hasta el tribunal el escándalo hubiera sido mayúsculo, pero el Juez decidió despacharlo privadamente..."

"Yo recuerdo, varios años después de la Guerra Civil, la última visita de Whitman a la redacción de nuestro periódico. Mr. Bonsall, el director, y yo y Whitman estábamos conversando en la oficina. Un repórter muy joven oía la conversación. Mr. Whitman insistió en hacernos uno de sus sucios cuentos. El sabía muchos y los contaba sin fijarse en quienes estaban presentes. Mr. Bonsall quedó estupefacto. Y yo recuerdo perfectamente lo que le dijo antes de echarle de la oficina: "Oiga, Whitman, le dijo, ¿por qué usted no se hace un ciudadano útil como cualquiera otro de nosotros? Usted no hizo nunca nada decente y digno de un ciudadano americano. Cuando nosotros tomamos las armas y nos fuímos a pelear con el enemigo, usted andaba por los hospitales dándose aires de filántropo. Más tarde, cuando volvimos a la vida civil, tratando de hallar empleos y pensiones para ganarnos la vida, usted seguía predicando principios humanitarios y hablando contra las crueldades de la guerra. Y ahora, mientras nosotros estamos encadenados a nuestras ocupaciones, usted se dedica a escribir cosas pornográficas que ningún periodista decente imprimiría, y la mayor parte del tiempo se la pasa de vago man, que hería por la espalda a sus amigos a la primera oportunidad."

Vanidad herida, pensé yo. ¡Qué pequeño me parecía este hombre Kettler con sus mezquinos reproches! Habían transcurrido cuarenta años y todavía no podía olvidar la repulsa de unos versos.

"Pero lo que es peor" — continuó Mr. Kettler. — "es que Whitman le ha echado a perder la vida a Horace Traubel. Este era un joven excelente, hijo de un digno, honorable ciudadano. Pero se sugestionó con la grandeza de Whitman y le dedicó su vida toda a Whitman. Desde entonces adoptó por completo la moral de Whitman." Y Mr. Kettler procedió a contarme la vida privada de Traubel. Eran unos cuentos que la esposa de un policía, vecina de Traubel, le había hecho.

. . . . . .

Todo esto te divierte, ¿no es cierto, Walt Whitman?

La casa de madera donde tú vivías está en una condición deplorable. Una familia italiana la habita. Es la familia de un chofer llamado Thomas Skimer. Tiene tres chiquillos y cuatro huéspedes. Los huéspedes tienen sus niños también. Una bandada de chicos juega en tu patio en torno del ruinoso aljibe. Tu salita, donde solías sentarte, cerca de la ventana, a entretener a tus visitantes, ahora es dormitorio y comedor a un tiempo. No hay ni siquiera un solo retrato tuyo en esta habitación. Sólo se divisa en sitio principal un cromo chillón del rey de Italia. Uno de los muchachitos sabía tu nombre. "¿Usted quiere saber dónde murió el viejo?" — me preguntó — y me condujo a un cuarto interior en el mismo piso. Había allí una cama. Nunca ví otra más grande en mi vida. "Todos dormimos en ella" — me dijo el muchacho.

Yo sé, Walt Whitman, que tú te encojes

el Dr. Allister—desde que era estudiante en la Facultad de Medicina y me lo encontraba casi todos los días en la calle. Hablábamos algunas veces. En una ocasión me llevó a su casa y más tarde, después de mi graduación, tuve la oportunidad de prestarle algunos servicios profesionales y nunca dejé de visitarle una vez al día por lo menos hasta que murió. Whitman era el hombre más bueno y limpio de corazón que he conocido. Nunca le oí decir una palabra obscena. La magnífica personalidad de Walt Whitman y la general confraternidad inspirada por los sentimientos que inculcaba y sus grandes intuiciones con respecto al destino de América, seguramente que han debido impresionar a todos cuantos le conocieron antes de que conquistase fama de poeta. Vivió él una vida tan amplia y noble que cada día será estudiada y emulada más, que cada día se arraigará más y más en los corazones. El mundo social, humano, alcanzará con su ayuda un nivel no soñado. La nueva vida que él predicó todavía no es ni siquiera un anhelo en el corazón de los americanos. El prendió la chispa sobre el combustible ya preparado y la llama viviente ha descendido profundamente entre las masas aletargadas y ya comienzan a surgir lenguas de fuego. Mientras más tiempo transcurra desde su muerte, mejor será conocido. Para mí es él el americano típico, típicamente moderno, centro y fuente de una nueva aspiración espiritual más sensata y viril que cualquiera otra hasta hoy. Whitman creía que cada hombre tiene en sí el elemento de la divinidad y que este elemento era capaz de crecimiento y expansión indefinidos.

El era el hombre más demócrata que jamás ha habido. Todo el mundo era bien venido a su casa; todo el mundo era su igual; todo el mundo era su amigo. Tuvo muchos enemigos pero también muchos amigos. El creía que Ingersoll era su mejor amigo. El Dr. Longacker y Horasio Traubel estaban casi siempre en su compañía, especialmente durante los últimos años de su vida. Algunas veces ellos le alborotaban los nervios, porque continuamente llevaban papel y lápiz para anotar cuanto le oían decir. En el año 1892, en la época de Pascuas, Whitman estaba en un estado desesperado. Todos esperaban su muerte. Traubel y el Dr. Lonkacker estaban constantemente en el pasillo contiguo al cuarto del enfermo recogiendo ávidamente cualquier palabra de Whitman. Warren Fritzinger, su enfermera, estaba con él en aquel momento. "¿Están ahí esos majaderos esta tarde?" — preguntó él cuando la debilidad general aumentaba y el ruido de los papeles en el pasillo le molestaba mucho al parecer.

El día antes de su muerte vine yo por la mañana y le pregunté: "¿Cómo se siente?"

"Bueno, doctor"—contestó—"yo estoy cansado de esta horrible monotonía de esperar. Me fatiga esta espada de Damocles suspendida sobre mi cabeza."

¿Te interesaría, Walt Whitman, saber cómo transcurrieron tus últimos minutos en la tierra, cuando yacías en la inconsciencia de un síncope? El doctor McAlister me los ha relatado. "Su fin fue apacible. Murió a las seis y cuarenta y tres de la tarde. A las cuatro y treinta llamó a la señora Davis y le rogó que lo cambiara de la posición en que yacía. La enfermera fue llamada y luego se me envió un recado a mí. Cuando llegué a su cama, él descansaba sobre el lado derecho, tenía el pulso muy débil y lo mismo la respiración. Le pregunté si tenía algún dolor y si podía hacer algo por él. Se sonrió bondadosamente y murmuró algo en voz muy baja. Por algún tiempo permaneció inmóvil, con los ojos cerrados. Un poco después de las cinco, abrió los ojos por un momento, sus labios se movieron tenuemente y logró murmurar: "Warry, shift." (Warry era el nombre de su enfermera y «shift» significa «cámbiame». N. del T.) Después vino el final. Yo me incliné sobre él acechando los postreros latidos de aquella vida en fuga. Su corazón seguía palpitando cincuenta minutos después de haber cesado él de respirar."

El Dr. McAlister era gran amigo tuyo, Walt Whitman, y yo creo que tú estás con él cada minuto de su vida. El estima y conserva como tesoros los libros que tú le dedicaste, tus retratos cuelgan de las paredes de su casa y uno de sus grandes amores ha sido siempre el pequeño busto en yeso que le regalaste.

Por supuesto que sabrás que se te hizo la autopsia poco después de ocurida tu muerte. Puedo decirte algo de tu cerebro que ahora está en manos de la Sociedad Antropométrica. Yo creo que es un honor que el cerebro de uno vaya al museo de esta sociedad, porque ella ha sido organizada con el fin especial de estudiar los cerebros de los altos tipos de intelectualidad. La causa de tu muerte fue una pleuresía del lado izquierdo y tuberculosis del pulmón derecho. Tenías el hígado hipertrofiado y un cálculo biliar muy grande en la vegija. Los buenos doctores se maravillaban de que hubieses podido conservar la respiración por tanto tiempo con la pequeña porción de tejido pulmonar que te quedaba. Ellos lo atribuían

principalmente a aquella energía indomable "que fue tan característica de todo cuanto formó parte de la vida de Walt Whitman". Ellos dijeron en su informe oficial que cualquiera otro hombre hubiera muerto mucho antes con la mitad de los cambios patológicos que existían en tu cuerpo.

A la caída de la tarde, cuando el sol de un bello día primaveral se ponía, salí yo a pie para el cementerio Harleigh donde tú mismo construirte aquella tu espléndida tumba. Cuán sabio fuiste, Walt Whitman, inspeccionando el corte de las piedras, viendo a los trabajadores construirte la sepultura. Qué hermoso sitio el que escogiste para tu último lugar de descanso. El lago yace dormido en el cálido aire de la noche. Los sauces ondulan suavemente como si los acariciasen manos invisibles. Un viejo obrero, ya cuando iba a salir del cementerio, me detuvo para enseñarme el sitio donde tú solías sentarte a verlos trabajar. El me contó cómo tú escribías "cosas" en pedazos de papel que pedías aquí y allá y cómo se los leías a los que labraban la piedra de tu tumba. Pedí la llave. Ultimamente la han tenido cerrada. Abrí la pesada puerta de granito y permanecí durante un instante inmóvil en la semi-oscuridad de tu casita. Y pensé en tí, durmiendo ahora allí en tu ataúd, apacible, indiferente, bondadoso. Luego pensé en los otros monumentos que has construído con palabras, tu propia casa erigida por tí mismo, un templo no labrado con las manos, destinado a la eternidad.

Siempre bastándote a tí mismo, siguiendo tu propio camino hacia tu propio fin. Ninguna leyenda habla de tí, de tu vida y ejecutorias. Tú vives en el corazón de miles de americanos. Pronto, muy pronto quizás, tu nombre y América serán sinónimos. Walt Whitman, nosotros aquí en la tierra estamos despertando a tus ideales sobre América.

Devotamente tuyo,

GUIDO BRUNO.

Amado Nervo

Ya el cable ha llevado a todas partes la noticia de la muerte del exquisito Nervo. Su muerte acaeció precisamente cuando en la Argentina y Uruguay se le acababa de tributar el más puro y cordial de los homenajes. Era de los pocos que había ungido la fama merecidamente. No había en nuestras tierras ninguna voz como la suya, para darnos emociones hondas del más acá y más allá de las cosas. En su verso no hay jamás efectismos de mal gusto, ni enfadoso adiposidad de imaginería, ni pueriles afiligranamientos de orfebre, ni flatulencias de énfasis declamatorio, ni gallardías estudiadas de hierofante. Vivió siempre en serio, con la cara vuelta hacia los grandes y eternos problemas, y hablaba siempre con la suprema sencillez de todo fino espíritu en plena madurez que ha hecho de la palabra un camino y no un fin. Su muerte, en esta hora tan sobrecargada de futuro en que tanta falta hacen los tipos superiores, es realmente una inmensa desgracia.

Aquilataciones

NEMESIO CANALES

La leyenda benaventina

No poseo ni la cachaza, ni la erudición cielópea que pasan entre nosotros, las gentes de habla española, por cualidades esenciales del crítico. Pero, sin ninguna petulancia, confieso que no me tiembla el pulso al acometer este trabajo. No es labor de perito en el arte de escribir, no es tarea de expurgos y melindres literarios la que yo me propongo emprender, y no necesito, por consiguiente, ni el ojo de lince para atrapar el gazapo, ni la catarata de erudición para apoyar mi autoridad y deslumbrar—o deslomar—al lector.

Lo de si don Jacinto Benavente escribe bien o mal, o si sus obras responden o no a las exigencias de la última moda en materia de técnica dramática, me tiene muy sin cuidado—como le tiene sin cuidado a todo el mundo en España y América que no padezca de la superstición literaria, la más extendida y también la más tonta de las supersticiones.

No es la letra, sino el espíritu, no es el templo y de la escuela. No todos los adultos vamos a la iglesia o concurrimos a una escuela, pero todos los adultos, o casi todos, nos aglomeramos en un teatro al menos una vez por semana. Vamos, claro está, nada más que a recrearnos, a distraernos. Pero ¿quién puede negar que en tales momentos de mero recreo es cuando el autor — bueno, mediano o malo — nos coge de su cuenta y nos impresiona y alecciona mejor en un minuto que el maestro o sacerdote en un año?

Siendo esto así, ¿hay nadie que deba estar más sujeto a examen y discusión que el autor dramático, y mucho más el autor dramático que ocupa entre los suyos puesto tan privilegiado como el del señor Benavente? A mayor autoridad, mayor responsabilidad de su parte, y a mayor responsabilidad, mayor necesidad de parte nuestra, de parte del público, de escudriñar y sopesar escrupulosamente sus obras, para estar en todo tiempo alerta de si cumple o no cumple, de si sirve o no sirve para su elevadísima misión de guía, de líder, de «pioneer» social.

Pues bien, no preocupándome un segundo

Y ahora, voy a decir en seguida por qué lanzo esta protesta, aparentemente tan radical y fanfarrona. Es porque, una de dos: o soy yo el feliz poseedor de toda la estupidez de mi siglo, o el caso de Benavente es el más estupendo fenómeno de sugestión colectiva, apabullante, total, que haya ocurrido jamás en una nación. ¿Cómo es posible—me he preguntado mil veces—que este hombre haya conquistado tan fácilmente, y conservado por tantos años, la fama de autor colosal—el mejor, el insuperable, el único—que, casi sin discrepancias, le han adjudicado tirios y troyanos, verdes, amarillos, colorados y azules, en todas partes donde se habla español?

Qué se yo a qué se debe el fenómeno. A otro que lo averigüe si le interesa, que a mí me falta tiempo para entrar de lleno en la cuestión, que no es otra—para formularla otra vez con la mayor claridad posible—que la de si el señor Benavente es o no es, no ya el primer dramaturgo del mundo, como han afirmado, muy orondos, escritores bien conocidos, como Zamacois, Francés y otros, sino siquiera el mejor de España, o mejor, si es o no es, a secas, un buen dramaturgo a la moderna, digno al menos de una quinta parte del río de adjetivos rimbombantes que le han dedicado.

Desde luego, declaro que no sólo no me parece el mejor dramaturgo de España, sino que ni siquiera me parece un buen dramaturgo de ninguna parte. Y como no quiero que esto sea dicho a humo de pajas, como es costumbre entre nosotros (que, cuando loamos, ponemos más allá de las nubes, y cuando criticamos, no dejamos palabra fea en el léxico que no movilizamos), voy sin más dilación a explanar la razón de mi dicho.

Vamos a ver: ¿cuáles son las obras más notables, las más sonadas y aplaudidas de Benavente? «Rosas de Otoño», «Los malhechores del bien», «Alma triunfante», «El hombrecito», «La losa de los sueños», «La noche del sábado», «La malquerida»... La lista podría alargarse con alguna otra, pero no acortarse, pues nadie negará que las citadas obras son de lo mejor, de lo más característico del teatro benaventino. .

Pues bien, con estas obras a la vista, yo reto a los más apasionados admiradores de Benavente a que me señalen una, una sola de ellas, de la cual se pueda decir en conciencia que tiene la honda marca, el sello inconfundible del genio. ¿Qué cosa formidable, qué mensaje nuevo, qué soplo de infinito nos trae el coloso en alguna de ellas? Las leemos y las volvemos a leer cien y mil veces—y nada. Siempre el mismo fondo de empalagosa vulgaridad, de retocada y exasperante mediocridad de buen tono, presentado ¡ay! para mayor desgracia, en el mismo vasito, paciente y cursimente recargado de barata ornamentación.

Odio el teatro romántico, detesto las enfáticas y esponjadas declamaciones de Echegaray, pero, obligado a escoger, prefiero a éste. Porque, falso y todo, hay allí, en los dramas de Echegaray, calor, arranques, ruido, manifestaciones de una vida hipertrofiada, pero vida al fin, mientras que en Benavente... Oh! en el gran Benavente todo es insipidez. Ni el brío, ni el plebeyo arrebato pasional de los caballeros quisquillosos y gárrulos de Echegaray, que por lo menos entretienen, ni tampoco el aletazo en el espíritu de una gran idea, como nos sucede siempre con Ybsen, con Tolstoy, con Brieux, con Bernard Shaw, a los que, en opinión de muchos, iguala y aún supera nuestro don Jacinto. Porque hay que tener en cuenta que es este teatro, el de ideas, el de tesis—a diferencia del de pasión, del de intriga, del romántico—el que cultiva Benavente. Y es claro: al vado o a la puente. ¿No me da usted, señor autor, enredo, lances pintorescos, choque de codicias o de enamoramientos histéricos a lo Sardou y a lo Echegaray! Pues tiene usted que agarrarme entonces con la zarpa enorme de un pensamiento, de una gran idea.

Y veamos, veamos lo que nos da usted en sus más culminantes momentos teatrales. Empecemos al azar, por la primera de sus obras qu nos alumbre la memoria, por «La losa de los sueños», por ejemplo.

¿Qué hay dentro de «La losa de los sueños»? Claro que yo no voy a relatar la trama de dicha obra, ni de las demás, porque entonces necesitaría siete años para estas aquilataciones. La doy por leída, y sigo adelante, y pregunto: ¿es o no cierto que «La losa de los sueños» pretende ser una obra de tesis? «Sí, lo es», oigo que me responde el mismo Benavente (quien ni a palos consentiría en ser un mero sucesor de Echegaray en la fabricación de muñecos románticos); lo es, lo es todo mi teatro, a excepción de «La malquerida», que fue, precisamente, un alarde (infantil) de mi parte, para dejar bien probado que en punto a dramas servía yo para todos los géneros, lo mismo para los «intensos» ibsenianos que para los «violentos» echegaráicos."

Pues, si estamos de acuerdo en que «La losa de los sueños» es obra de tesis, ¿dónde está esa tesis, la idea central del drama, el fuego que mueve, arrebata y abrasa a los

personajes? Este fuego, más o menos intenso, no falta, no puede faltar en ningún drama. O nace en el corazón y de allí se extiende hasta la cabeza y la incendia, o a la inversa, nace en la cabeza y de allí baja hasta el corazón y lo achicharra. ¿Nace en el corazón? ¿Se genera en la zona tórrida de los sentimientos o instintos puramente animales (pasión de amor, de odio, de codicia, etcétera)? Pues drama romántico tenemos. ¿Nace en la cabeza? Drama de pensamiento, de tesis. Y tan dramas los unos como los otros, con la sola diferencia de que los últimos no suelen tener lugar entre las gentes primitivas, de la edad de piedra, vistan o no vistan de frac; en tanto que los primeros, los románticos, los llamados pasionales (aunque tan pasionales son los unos como los otros, porque no hay nada que apasione tanto como las ideas), ni ocurren ni interesan entre las personas reflexivas, conscientes, de evolucionada organización cerebral y emotiva.

Pero, volviendo a «La losa de los sueños», ¿cuál es el priblema planteado en esta obra? Por mucho que la estiremos y exprimamos, nadie sacará de ella sino esto: un deliz, el clásico de la señorita pobre y honrada seducida por el señorito rico y bribón. De este desliz, un niño, y del niñito, una situación que podrá ser todo lo penosa que se quiera, pero que, tal como nos la presenta Benavente, no es drama, y mucho menos drama de pensamiento. La pena, de por sí, no es drama. Si lo fuera, los mejores dramas serían esos melodramas en que, apelando al grosero recurso de los suplicios inquisitoriales, se explota este sentimiento hasta hacer llorar a las butacas. ¿Y cómo dramatiza Benavente el caso éste, de desliz y de niño tapado, de la señorita pobre? ¿Qué conflicto plantea? Pues, ni más ni menos, el mismo que podría plantear Pérez Escrich.

La señorita pobre, la protagonista, siente en seguida caer sobre ella todo el peso de la tradición de moral sexual troglodítica, que impera en su casa y en su círculo de clase media. Recriminaciones de las hermanas solteras y casaderas, que le echan a cada rato en cara que por culpa de ella no hallarán marido; llantos de la madre, desdenes, murmuraciones, etc. ¿Y qué hace ella ante una situación muy desagradable pero que ha debido esperar? Nada. Ella habla, hace frases, se lamenta y llora a todo lo largo de la obra. Ya lo véis: hasta aquí el mismo fondo, insulsa y machaconamente plañidero, de «María, o la hija del jornalero», de Pérez Escrich. ¿Pero no hay nada más? Sí hay. Hay un joven, el protagonista, el que encarna las ideas del autor, quien, lo mismo que la protagonista (y lo mismo también que los héroes de Pérez Escrich) pertenece a la ya desacreditada clase de "joven pobre pero honrado". (El mundo empieza a caer en la cuenta de que de un joven pobre pero no honrado algo se puede esperar, pero del pobre y honrado—conforme con su suerte—¿qué demonios se puede esperar?). Pues este joven—Cipriano—está perezescrichescamente enamorado de ella, de Rosina, la buena joven seducida. ¿Y qué hace Cipriano en favor o en contra de la joven seducida? Pues nada, lo que hacen siempre los héroes de Benavente; hablar muy por lo fino, discretear, lamentarse y llorar a todo lo largo de la obra. Pero oigámosles, oigamos lo que se dicen los dos en uno de los momentos culminantes del drama:

> (Rosina).—"Sí, sí. No puedo más, no es posible. Mis hermanas, mi madre... es una lucha continua, superior a mis fuerzas. Aquí soy un estorbo; mis hermanas me lo dicen. Mi madre no lo dice, pero llora por mí y por ellas... Por mí, ya no es posible que haya alegría ni tranquilidad en esta casa, he comprometido hasta su bienestar; sí, lo sé, su bienestar... Las esperanzas de todos. ¿Cómo no han de dejarme sentir que todo es por mi culpa?... Mis hermanas, con sus palabras; mi madre, con sus lágrimas; otras personas que antes me estimaban, con su acritud o su desvío... ¡Ay, Cipriano! Creemos contar con afectos seguros, que nunca han de faltarnos, y cuando más necesitamos de ellos, los vemos alejarse y perderse."
>
> (Cipriano).—"¡Es verdad. Nos creemos rodeados de afectos, nos parece que ellos son nuestro sostén en la vida, y es porque sólo nos hemos apoyado en ellos con blandura, en los días apacibles de nuestra vida; pero si en días de borrasca, como náufragos desesperados, necesitamos asirnos de ellos fuertemente para salvarnos, los vemos hundirse con nosotros... y ¿qué piensa usted hacer, Rosina?"

Bueno, ya los habéis oído. Ni a él ni a ella se les ocurre nada, como no sea el entregarse a la egoísta voluptuosidad de la compasión por sí mismos. Y éste es el profesor de vida, el «pioneer» que nos ha de alumbrar con el sol de su genio el camino. Este es el inmenso don Jacinto, a quien no se le ocurre otra cosa que decirnos sino: "Lloren muchachos, que la cosa no es para menos,

pero ¡eso sí! tengan buen cuidado de que, al lamentarse, los párrafos les salgan bien. Ya que la vida no sirve para otra cosa, que al menos sirva para dejar caer de la boca cositas sutiles que encanten al vulgo de frac."

No, no se puede presenciar estas cosas sin perder un poco la chabeta. ¡Miren que ponerle a uno delante, como héroe, como encarnación del principio o idea motriz de un problema humano, tipos de tal insipidez como este papanatas de Cipriano! "Es verdad. Nos creemos rodeados de afectos, nos parece que ellos son nuestro sostén en la vida, y es porque sólo nos hemos apoyado en ellos con blandura, en los días apacibles de nuestra vida; pero si en días de borrasca, como náufragos desesperados, necesitamos asirnos de ellos fuertemente para salvarnos, los vemos hundirse con nosotros... ¿y qué piensa usted hacer, Rosina?"

Que qué piensa hacer? Pues yo creo que para Rosina lo primero, lo más urgente por ahora, amigo Cipriano, es llamarle a usted imbécil. «Imbécil»—le gritaría yo si fuera ella—¿"le parece a usted que un hombre joven, sano, fuerte, con humos en la cabeza de superioridad sobre el vulgo, no debe, esté o no esté enamorado, sentirse avergonzado de salirle a una mujer joven, sana, fuerte y bella, como yo, con esas simplezas, con esa ramplona sensiblería gemebunda, cobarde y cicatera con que usted me sale? ¿No sabe usted que esa filosofía de moco de pavo, además de antediluviana y superficial, y además de cobarde y enemiga de la vida, es falsa? "Nos creemos rodeados de afectos, nos parece que ellos son nuestro sostén en la vida..." ¡Ah, pícaro! Conque a eso llama usted tragedia, a que el cariño de los demás no le sirva siempre de almohadón, a que sus semejantes no lo rodeen, mimen y sostengan a cuerpo de rey, dándole gratis su afecto, de manera que no tenga usted sino abrir la boca y decir esto quiero y esto no quiero? ¿Pero usted qué se cree, que los demás son tan tontos? A ver! ¿qué ha hecho usted por los demás? ¿qué les ha dado? ¿cuándo enloqueció usted de amor hasta pelear y padecer por ellos? ¿cree usted que discretear en el café, frente a unas copas, como un ocioso filisteo cualquiera, es título bastante para aspirar a la simpatía humana? Y, para concluir, ¿no sabe usted, don Necio, que los tesoros de bondad ocultos en la entraña de la vida no se le vienen, así como así, a la mano al primer desocupado que los pide, sino que sólo pertenecen al gran señor de sí mismo, generoso, valiente e inflamado en ardores de universalidad y de lucha, que ha hallado el gran secreto ibseniano de que "darse todo es recibirlo todo?"... Eso diría yo si fuera Rosina.

Pero, a ésta también, a esta pobre Rosina le hace falta una mano más fuerte que la de Benavente que la saque de su tragedia boba de infeliz avecilla doméstica y le enseñe el camino. Qué camino? Cualquiera, menos el de la gazmoña resignación declamadora de Benavente. "Venga usted acá"—le diría yo—"y séquese esas lágrimas y contésteme con sinceridad. ¿Qué le sucede? ¿Que ha cometido una infracción de esa moral convencional que hace de la mujer el monstruoso artificio social llamado la señorita, cuya única misión es la de pescar marido como quien pesca un número en la ruleta, con el solo fin de asegurarse con él la mustia vida de parásito que antes tuvo junto al padre, el hermano o el tío? Pues en lugar de apocarse y dolerse, mendigando la compasión ajena, cosa indigna de las gentes que vienen al mundo a hacer algo, y no a esperar que se lo den hecho los demás, reaccione y alégrese usted y demuestre — con hechos y no con sutilezas de mesa de café — que es mejor, que es de madera más selecta que sus señoritas hermanas. ¿Cómo? Pues, en primer lugar, hágales justicia y reconozca que está usted mucho mejor que ellas. ¿No sabemos, por usted misma, que tiene usted un hijo que la deleita a usted enormemente con sólo mirarla? Pues ya ve usted; sus pobres hermanas no sólo carecen de esa infinita alegría, sino que viven angustiadas por el torturador afán comercial de dar con su escurridizo número en la ruleta matrimonial. Luego, si no es usted tonta o hipócrita, en lugar de pedirles compasión, debe usted compadecerlas a ellas. Y ahora, vengamos a su situación, que es nueva, y por lo nueva difícil, pero de ninguna manera desesperada como se la pinta a usted el majadero de Cipriano. Por poco que tenga usted de heroína, comprenderá que son precisamente estas situaciones las que cuadran mejor a los fuertes, a los héroes, y por consiguiente, las que los héroes saborean mejor. Al héroe déle usted vida intensa, ocasiones de entrarse a golpes con la realidad, para probarse, para medirse, para «realizarse», y le verá usted contento. Pero póngale, en cambio, mesa buena, cama blanda y vida insulsa, pobre, huera, entre almohadones y comodidades, y le verá usted rabiar antes de un mes. ¿No sabe usted que lo que hace la desesperación de un pavo o pava casi siempre haría las delicias de las águilas? Aquí lo urgente es saber qué es usted, pues de lo que sea usted depende el camino a seguir. ¿Es usted pava? Pues pórtese usted como lo que es, como una pavita delincuente

que voló un momento más allá del corral, y arrepiéntase un poco y humíllese y salmodie culpas y perdones otro poco y elimine de su actitud todo aire de protesta impropio de una pava que vuelve a su corral, y ya verá usted lo bien que le va. La fuerza de una pava está en la mansedumbre, en la humildad. Sea humilde y mansa usted a todas horas y se ganará a sus hermanas, y hasta el desliz y el hijito, andando el tiempo, verterán sobre usted tal claror tenue de novela de amor y de lágrimas, que el buen mundo burgués, cuya alma se está hace tiempo volviendo romántica, empezará por compadecerle y acabará por adorarla. Así ha sido y así será siempre. En cambio ¿es usted águila? ¿Voló usted por encima del corral por innata vocación de vuelo ágil y libre y no por mero devaneo fugaz de pava seducida? ¿Infringió usted conscientemente el bárbaro precepto de moral social que suelta al pavo y amarra a la pava, que festeja en el pavo aquello mismo que anatematiza en la pava? Pues, si es usted águila, mi bella Rosina, séalo en seguida y por completo y perderá muchas cosas que no le hacen gran falta y ganará otras que le hacen muchísima, y ya verá lo ricamente que le va. Pero ¡eso sí! o pava del todo, o águila del todo; y no, como ha pretendido usted hasta ahora, pava y águila al mismo tiempo, porque esos dualismos sí que no los tolera la vida. Conque, ya lo sabe: o dentro del corral o fuera del corral. Si dentro, a hacerse perdonar como Dios y la tradición mandan. Y si fuera, a quitarse pronto de enmedio, para no estorbar a sus hermanitas casaderas, justamente alarmadas e indignadas por la conducta doble de usted, que, prácticamente y debajo de sus quejas, aspira a andar bien al mismo tiempo con Dios y con el diablo... Con Dios—la moral convencional de la señorita—y con el diablo—la moral, más alta, de la mujer de alma libre, responsable ante sí misma y consciente de su iguadad respecto del hombre. ¿No cabe usted, por sus ideas, por su riqueza espiritual, dentro de la sociedad mojigata, ociosa, chismorreante, suspicaz y parasitaria del círculo de sus hermanitas? Pues muy bien. No se amilane usted. Haga usted cuanto antes su maleta o su lío, y suavemente, sin escenas, dígales usted adiós con mucha bondad a sus hermanas infelices (condenadas a pescar o perecer), abrace usted a la buenaza de su mamá... y a vivir, que si ancha era su casa, más ancho es el mundo. A vivir he dicho, y al decirlo, le he trazado a usted el único programa digno de un ser libre. ¿No es usted sana, fuerte, generosa, ágil, bella de cuerpo y de espíritu? Pues ¿qué destino mejor y más alto que bajar usted al mundo y poner en función sus facultades, prefiriendo al moho de la inacción los azares de la acción? ¿Qué destino mejor que incorporarse a la legión brillante de mujeres libres que dan su batalla en el mundo por esto o por aquello? ¿Qué hay más peligro en andar suelto por el mundo que en estarse quieto en su casa? Pero, si el fin de cada hombre fuera eludir los peligros (como parece ser, en el fondo, la filosofía de Benavente, no obstante la aparente modernidad de sus sutlezas de curial), el ideal de los más inteligentes sería vivir debajo de la cama, que es donde más seguro se está. Decídase usted, pues, dulce Rosina, y haga lo que digo o haga otra cosa; todo menos empeñarse en darnos la tostada, haciéndonos tragar como tragedia lo que son sólo niñerías de usted y necios lirismos recalentados de ese Cipriano holgazán y pedante que la guía."

Ya ve el lector cuan falsa, cuan grotesca es la trargedia con que nos obsequia el señor Benavente. Ya ve el lector, por muy benaventino que sea, como, despojados de hojarasca retórica, estos héroes de Benavente son, en el fondo, muñecos de la misma familia fea, sensiblera y cursi que los del pobre Pérez Escrich. ¡Y pensar que una raza que tiene a Galdós en España y a Florencio Sánchez en América, en una edad en que vivieron Ybsen, Brieux, Tolstoy, Tchecov, Strindberg, Shaw, se haya pasado más de treinta años arrodillada como ante un milagro, ante este monótono propagador de ramplonas filosofías de agua dulce! Porque no hay que darle vueltas; no hay que decir que invento, o que quito, o que pongo. Ahí está la obra. Y ahí, en la obra, si no basta con lo que he transcrito, está la tesis, el corazón mismo del drama. Copiemos un poco más:

> (Cipriano). — ..."Es la crueldad de la vida. Esta vida que nos separa, que debe separarnos si queremos salvar lo mejor de nuestro corazón... ¡Los versos del poeta moribundo!
>
> ¡Es la vida la losa de los sueños!
>
> Y si es triste enterrar los sueños de nuestra inteligencia, los sueños de arte, de gloria, tal vez inaccesibles... ¿qué será enterrar estos sueños de amor y de bondad?"
>
> (Rosina).—"No, Cipriano. Estos sueños de bondad y de amor que la vida entierra, tendrán su resurrección en la otra vida. ¿No cree

usted? Yo no puedo dudarlo. Cuando la vida era más triste, cuando podía dudar de todo, he visto asomarse para mí el cielo en los ojos del hijo mío y en el alma de usted, Cipriano''.

¿Hay nadie por ahí que me niegue que, aparte la forma, el estilo, la cáscara, embadurnada de aparatosa y falsa modernidad, estas sensiblerías de pollo con moquillo no se encuentran sino en los novelones de Pérez Escrich, Carolina Invernizo y comparsa? Hacer un drama en tres largos y asmáticos actos, para venirnos a enseñar en fin de cuentas que «es la vida la losa de los sueños» y que lo más sensato es, o pegarse un tiro (esto no lo dice el autor, pero sería lo más lógico) o no hacer sino cruzarse de brazos y doblar la cabeza hasta que venga la muerte a cargar con nosotros, porque... ''estos sueños de bondad y de amor que la vida entierra tendrán su resurrección en la otra vida. ¿No cree usted?''...

Habráse visto! Pobre juventud la nuestra, la del gran mundo español e hispanoamericano, alimentando su curiosidad espiritual de esta bazofia corruptora y repugnante. Calumniar la vida, la gran hoguera alucinante de la energía universal y eterna, y conjurar a uno ante ella a la inacción de los paralíticos, a la más sombría de las resignaciones, sencillamente porque no le regala blando y fácil nido al sueño idiota de dos amantes sandios de zarzuela... Hombre! Pues no faltaba más, sino que toda esta maravillosa máquina del cosmos no fuera sino un pretexto para los sueños galantes de un par de mentecatos que se creyeron venidos al mundo a no otra cosa que a cambiarse las ternezas empalagosas de los dúos de óperas y zarzuelas: (''Ven Roberto, ven por Dios!.. '')

(Pero me doy cuenta ahora de que no cabe en un solo artículo todo cuanto hay que decir acerca de Benavente, y no queriendo matar de fatiga al lector, ni dejar en el tintero las demás obras indicadas, termino aquí con la promesa—o amenaza—de continuar en los números siguientes).

Noticias del mundo científico

Los gérmenes bacterianos no son causa sino efectos de las toxinas que desarrolla el organismo.—Notables experimentaciones del doctor Turk

EL secreto terapéutico de la antigüedad consistía en redimir el organismo de los espíritus maléficos; en nuestros días, el propósito curativo consiste en librar a los pacientes de los gérmenes infecciosos.

Como se ve, el plan es casi el mismo, pues la superstición es la base del esfuerzo terapéutico. Los resultados médicos del presente están demostrando que los avances realizados en el orden curativo no difieren esencialmente de los que se practicaron por allá en tiempos del sitio de Troya; los métodos que usaron los cirujanos durante las guerras napoleónicas no son, relativamente, muy inferiores a los que se han observado durante el curso de la tremenda guerra que acabamos de presenciar.

Tal es la opinión del sabio investigador, doctor Fenton B. Turck, consignada en una importantísima monografía que acaba de presentar a la Academia médica de Nueva York. Sostiene el citado cientista que muchas de las afecciones, como las úlceras, la neumonía, etc., que consumen a los heridos en los campos de batalla, no son la consecuencia inmediata de infecciones microbianas, como se cree generalmente, sino el resultado de la absorción de los venenos o toxinas que desarrolla la necrosis al desintegrar los tejidos celulares. (En otros términos: el mortal enemigo de los heridos no es el gérmen infeccioso, sino la decadencia de las tramas histológicas de los organismos de tales desgraciados.

Los productos de la necrosis determinan muchas complicaciones y dolencias, en cuyo proceso no interviene el elemento bacteriano sino por acción consecuencial y agravante. A donde quiera que la necrosis se presenta—dice el doctor Turck—las bacterias encuentran una oportunidad de desarrollo y apresuran, por efecto de su acción catalítica, el avance de la desintegración celular.

El desconocimiento de estos hechos ha humillado a la cirugía en los campos de batalla, demostrando que los hombres de laboratorio todavía andan apegados al empirismo del pasado, sin haber intentado reproducir las condiciones patógenas que presencian en las clínicas, para realizar el avance científico de la terapéutica.

Los muy cuidadosos estudios de verificación que ha emprendido el doctor Turck, observando la boca, la garganta, la nariz y el estómago, han evidenciado que solamente cuando la necrosis se presenta es cuando los gérmenes microbianos pueden desarrollarse. Cuando los tejidos están sanos y bañados por la corriente sanguínea no es posible el desarrollo microbiano.

Para estudiar el proceso de las degeneraciones celulares intestinales, el doctor Turck ha podido observarlas por medio de especímenes de las paredes intestinales, cuidadosamente seccionadas, quedando demostrado que las úlceras estomacales se forman por citólisis y autólisis. El producto de la desintegración celular al ser absorbido produce la autocitólisis, la cual engendra úlceras fagedénicas cuando se realiza en regiones ricas en fermentos, como la pilórica. Las dilataciones intestinales se deben a intoxicaciones semejantes verificadas no sobre los nervios, sino sobre los tejidos celulares musculares.

Artificialmente ha podido el doctor Turck producir en animales la postración nerviosa, con sólo exponer una víscera e inyectarla con los productos de la desintegración celular. Tales inyecciones han causado la muerte por abatimiento nervioso. Idéntiios resultados se han obtenido cuando la desintegración ha tenido por causa la acción del cloroformo.

Delante de estos resultados el doctor Turck se ha esforzado en neutralizar el veneno que desarrolla la degeneración celular, y, en ese empeño ha logrado preparar un suero antitóxico y vacunas que previenen y

detienen el avance de las afecciones provenientes de la degeneración celular y que sin fundamento positivo se achaca a la acción parasitaria.

Ha inyectado, por ejemplo, un caballo con la emulsión de un tejido humano, produciendo en el bruto la misma clase de infección en forma antitóxica; este suero es de sorprendente acción curativa en toda clase de heridas. «Simila, similibus, curantur!»

Una antitoxina formada por tejidos pulmonares, resulta de gran valor específico en todas las afecciones de las vías respiratorias. En casos asmáticos es admirable.

Ahora, la desintegración celular, la causa inmediata y directa de las infecciones, proviene de la coagulación de los licores bióticos, pues toda vez que las funciones circulatorias se alteran sobreviene la degeneración celular. De ahí que las heridas traumáticas traigan consigo la necrosis.

Experimentando en este campo, el doctor Turck sostiene que toda conmoción puede ser causa de desintegración celular, pues colocando en una caja huevos, gelatina, leche y otras sustancias coloides, basta la detonación de un arma para que sobrevenga la inmediata coagulación. Lo propio acontece con los tegidos viscerales.

Las conclusiones del doctor Turck pueden sintetizarse en estos términos: Toda herida o traumatismo, causados mecánica, física o químicamente trae consigo la muerte, tal como lo anuncia el sabio investigador William A. Tilden, prometiendo que los posteriores estudios habrán de comprobar las hipótesis que dejó formuladas el célebre cientista.

Es bien sabido que desde doce años atrás Madama Curie pudo aislar las sales del radio y que desde entonces las propiedades químicas de tal sustancia han sido el objeto de numerosas y muy pacientes investigaciones. Ramsay fue de los primeros en preocuparse del asunto y, en asocio del profesor Frederick Seddy, estudió el espectro de las emanaciones, en las cuales se hallaron las mismas propiedades de los gases, siendo de advertir que ya Rutherford y Seddy habían demostrado que la inercia de tales emanaciones era comparable a la del argón.

Las investigaciones de Ramsay en este particular lo condujeron a la hipótesis de la existencia en la atmósfera de gases inertes, en cuya investigación no llegó sino a resultados deficientes; sin embargo, obtuvo la convicción de que los gases inactivos tienen un peso atómico superior al del xenio. Desde las conocidas gradaciones o propiedades que median entre el helio y el xenio, hay algunas cuyos elementos componentes tienen que ser gases y éstos, como es bien sabido, no forman compuestos. Tres gases se han conocido tan inactivos químicamente como los del grupo argón y son las emanaciones del

guientes, son en extremo complicadas y reclaman de muy cuidadosas precauciones para evitar las posibilidades de error. Las conclusiones, como se ha dicho, no han dado por estas razones los resultados que son de desearse.

Opiniones de Marconi y de Tesla sobre las comunicaciones interplanetarias.—Como se formará el esperanto sideral

Cuando el genial electricista, Nicolás Tesla, tuvo noticia de que Guillermo Marconi había recibido algunas comunicaciones radiográficas de misteriosa procedencia, se apresuró a confirmar el hecho, recordando que en su laboratorio de Colorado Springs se había observado semejante fenómeno, aunque de manera confusa y deficiente.

Sin embargo, la periodicidad constante de tales señales, en el concepto de Tesla, hacen suponer que no sean meras perturbaciones estáticas accidentales, sino verdaderas comunicaciones interplanetarias, procedentes de Venus o de Marte, ya que las condiciones de dichos planetas son muy semejantes a las de la Tierra; ésta representa la edad vigorosa; Venus, la infancia, y Marte la edad madura.

Venus ostenta inmensas cordilleras cuyas cumbres penetran docenas de millas dentro de su atmósfera; pero es planeta demasiado joven para que sus pobladores se hayan dado cuenta de la existencia de los hombres. Marte, en cambio, ha recorrido en su evolución todos los estados cosmogónicos de la Tierra y preparado todas las condiciones que nosotros conocemos. Sus habitantes, a juzgar por los inmensos canales que contempla el telescopio, han hecho formidables avances en la mecánica y realizado prodigios en las artes.

Allí en aquel planeta, la fuerza de gravedad es apenas de dos quintas partes en relación con la de la tierra y, en consecuencia, todos los problemas de mecánica son allí inmensamente fáciles de resolver. Su magnitud es inferior a la de nuestro planeta y, por ende, las comunicaciones y el contacto de sus habitantes son más prontos, más oportunos. La evolución intelectual de los martianos tiene que ser inmensamente activa.

Sostiene Tesla que las señales que transmitió a modo de respuestas a tan misteriosos llamamientos interplanetarios, ya hace algunos años, debieron producir no poca sorpresa entre los martianos, quienes seguramente disponen de admirable instrumental y de los medios necesarios para comprender fácilmente que tales señales procedían del planeta que nosotros denominamos Tierra.

En acuerdo con Marconi, Tesla se inclina a creer que las matemáticas pueden servirnos de medios comunicantes; sin embargo, se apoya en la imposibilidad del conocimiento sin la preexistencia de la forma y dice que tal comunicación no podrá realizarse sino tan luego como estemos capacitados para transmitir las señales radiográficas acompañadas de sus respectivas imágenes. Hasta entonces no principiará a desarrollarse el Esperanto sideral. Ya podemos transmitir imágenes telegráficamente, ¿por qué desesperar de llegar al mismo resultado en el campo inmenso de la radiografía?

El día en que esto suceda, desde ese momento quedará resuelto el intrincado problema de las comunicaciones interplanetarias.

En cuanto a la existencia de habitantes sobre la superficie de los astros afines de nuestro globo, es creencia que se impone con lógica racional e irresistible. No es posible que los fenómenos del movimiento y de la vida sean una peculiaridad exclusiva de nuestro planeta, contradiciendo las leyes universales de la evolución.

La distancia que nos separa de Marte es de 35 millones de millas, y, según la opinión del científista Tesla, un impulso radiográfico puede recorrer esa inmensa distancia en el lapso de cinco minutos. ¿Se quiere mayor acercamiento?

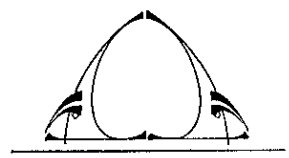
Tesla, sin embargo, no acepta algunas de las teorías que los físicos han imaginado para demostrar la imposibilidad de las comunicaciones interplanetarias. No hace mucho tiempo, en una exposición que publicó en The Electrical Experimenter, no sólo combatió y negó la teoría sobre la rotación de la Luna sobre su eje, calificando el fenómeno de ilusorio, sino que ha rechazado de plano las hipótesis sobre la propagación de las ondas hertzianas, tal como ha venido explicándose.

Las críticas que por ello se le han hecho en nada han variado los fundamentos de su creencia sobre la posible comunicación interplanetaria. Para explicarse suficientemente y vulgarizar sus ideas, ha creído conveniente el valerse de ejemplos casi burdos, comparando la Tierra a un saco de caucho lleno de agua y provisto de una bomba impelente. Si durante una hora y 48 minutos—dice—se pone en actividad la bomba, la masa de agua se conmoverá íntegramente, produciendo en la bolsa o saco movimientos de contracción y de expansión con la misma

intensidad y sin que las magnitudes y la distancia impidan la realización del fenómeno. Apresurando el movimiento de la bomba las ondas van empequeñeciéndose y expandiéndose súbitamente hacia el lado opuesto de la bomba y formando allí nodos estacionarios, y, como los fluídos son incomprensibles, elástico el recipiente que los contiene y no muy rápida la frecuencia de las oscilaciones, la energía se transmite sin grandes esfuerzos. Tal es la representación que hace el cientista de Colorado Springs sobre la propagación de las ondas hertzianas.

Y si, por ejemplo—agrega—la bomba imaginada formase parte de un poderoso sistema de resonancias de grande inercia, los impulsos comunicados se agrandarían y se ampliarían enormemente.

Como se ve, el sistema hertziano es un tanto diverso del imaginado por Tesla. Explicando aquél por analogía habría que suponer que el pistón de la bomba, teniendo que vibrar con una velocidad pasmosa, y siendo demasiado pequeño el orificio de escape, el fluído en tales condiciones quedaría sin movimiento y el trabajo se transformaría en calor. Sin embargo, muchos expertos siguen obcecados por tan monstruosa hipótesis.



Actuación de la mujer moderna

Los nuevos triunfos de las mujeres en el foro

DEL periódico americano «Sentinel», de Milwaukee, derivamos la grata sorpresa de un artículo en que se reseñan los triunfos de varias damas recientemente ingresadas en la profesión de abogado, que es una de las profesiones cerradas, por la grosera superstición de los sexos, al espíritu femenino.

Una de las mujeres mencionadas es Miss McCormick, a quien el Fiscal General del Distrito de Brooklyn escogió entre muchos aspirantes para desempeñar el puesto de Fiscal Auxiliar junto a él. Miss McCormick comenzó sus funciones el día de Año Nuevo. Su misión en la oficina consistía en atender y dar curso a las denuncias relacionadas con mujeres y niños. Pero ahora, debido al excelente servicio que ha prestado, se ha extendido su función a toda clase de denuncias. Hasta la fecha le ha dado curso a tres mil denuncias, incluyendo sólo en esta cifra las que hacen referencia a mujeres y niños. Ha oído a los denunciantes, redactado la denuncia y dádole consejo oportuno y eficaz en cada caso a los querellantes. Muchachas extraviadas, esposas abandonadas, madres de familia viudas, niños traviesos, y otras víctimas de la mala organización social presente, han ido a ella para sentir inmediatamente la benéfica influencia de su ayuda. Y de todas estas experiencias su claro entendimiento ha extraído más de una vez ideas de reformas salvadoras que han ido a las manos de los legisladores convertidas en proyectos de ley. La influencia de esta señorita se hizo sentir muy marcadamente en la propaganda para obtener una ley federal prohibiendo en absoluto el trabajo de los niños. Su pluma y su palabra brillaron mucho también en apoyo de una ley reconociendo el derecho de la mujer a desempeñar funciones de jurado. Luego se hizo notar por su elocuencia luchando en favor de otra ley para establecer pensiones para las madres de familia viudas. La labor de Miss McCormick en una de las oficinas más importantes de la ciudad más grande del mundo es un ejemplo más de la admirable disposición de la mujer para todo lo que signifique labor social.

Otra mujer, la señora Clarisse Margoles Baright, ha adquirido prominencia en su bufete de la Calle Broadway, de New York. Esta ha sido la primera mujer abogado que ha defendido a un acusado ante una corte marcial. La defensa fue tan hábil que obtuvo la absolución. Hace tiempo que se le vienen confiando asuntos importantes y su buena fama va creciendo.

«Losa Falls Bres, Abogada». Este es el rótulo de otra Oficina de Broadway. Pero la señora Bres no se ha limitado a la rutina profesional, sino que ya es autora de tres o cuatro obras de extraordinaria utilidad, como puede juzgarse por su título. «La Ley y la Mujer» es su primer libro, que contiene un compendio de las distintas leyes de los Estados Unidos que afectan a la mujer. Su segundo libro, «Mujeres solteras, casadas y viudas», trata de las leyes sobre el matrimonio y del efecto de ellas sobre los derechos de la mujer como propietaria. El más reciente de los libros es el que trata de la condición de los niños en los Estados Unidos y trae una compilación de las leyes que hacen referencia a los derechos reales y personales de la infancia.

Frances Marion Brandon era una mujer de su casa hasta que la guerra le arrebató a su marido para el servicio militar. Se presentó a examen y obtuvo la licencia de rigor para ejercer. Seguidamente logró un puesto en una junta de abogados asesora del «Registro de reclutas para servir en los automóviles militares». La labor de la señora Brandon, investigando las condiciones de familia y hogar de los interesados, fue magnífica, pues llevó el elemento humano a lo que antes era un simple proceso mecánico.

Miss Julia V. Grilli tiene también bufete en New York y ha cobrado honorarios lujosos en más de un pleito importante. Ade-

más de abogado, Miss Grilli es una de las muchachas más bonitas de la gran ciudad y tiene una magnífica voz muy bien cultivada, como hija de un italiano que es. Pasó cinco años en una de las más encopetadas oficinas de abogado de New York. Luego se dedicó durante un año y medio a especializarse en el ramo de las acciones para reclamar daños y perjuicios por casos de negligencia.

Otra de las mujeres de práctica profesional brillante en New York es Miss Amy Wren, con bufete abierto en Brooklyn. En Boston también hay un brillante grupo de abogadas, en el cual se destaca en primera fila la señorita Marion Weston Cottle, quien, en el verano pasado, dió conferencias notables sobre los temas siguientes: «El lado humano de la Ley», «Su abogado amigo», «El derecho para los hombres y mujeres atareados», «El sitio de una mujer en la Ley», etc.

Otra mujer de fama en el foro es la señorita Clara Ruth Mozzer que ocupa el elevado puesto de Attorney General (Procurador General) Auxiliar de Colorado. Este es el tercer año de servicio que lleva en dicha alta posición. Se graduó de abogado en 1915. Antes de entrar en la carrera de las leyes, Miss Mozzer ya era conocida como conferencista. Ella fue quien redactó la ley famosa de Colorado señalando el límite del salario a los patronos del Estado.

Otra mujer digna de mención por sus brillantes ejecutorias es la señora Tiera Farrow Moats, presidenta del Colegio de Abogadas de la ciudad de Kansas, Vice-presidenta de la Asociación General de Abogadas de Missouri y Vice-presidenta de la Asociación Nacional de Abogadas de los Estados Unidos. La señora Moats fue la primera mujer en encargarse de la defensa de un acusado en la Audiencia de Missouri. Por cierto que una vez, mientras Mrs. Moats argüía en la sala de justicia en favor de su representante en un caso de divorcio, el marido de su defendida en el divorcio se abrió paso de repente hasta la sala en que se debatía el asunto y mató de un tiro a su mujer.

En California se destaca hasta ahora en el grupo de sus mujeres intelectuales la simpática figura de Miss Margaret Ogden, de San Francisco, que fue la que redactó y defendió con gran elocuencia en todo el Estado el proyecto de ley concediendo a la mujer el derecho de oficiar de jurado, proyecto que fue más tarde convertido en ley por la Legislatura de California.

Podríamos seguir citando nombres de mujeres que con su solo esfuerzo se han conquistado fortuna y laureles en el foro. Pero la lista sería demasiado larga y basta a nuestro propósito el grupo que hemos mencionado, representativo del triunfo del esfuerzo femenino en los centros de más ardua y enconada competencia profesional. Y hay que tener en cuenta, ante todo, para apreciar debidamete este florecimiento intelectual de la mujer emancipada del yugo de la tradición, el hecho tan significativo de que todo esto data de un período de tiempo que no alcanza a más de media docena de años en ninguno de los centros mencionados.

Lo que cuesta el sufragio femenino en Chicago

Un alto personaje político de Chicago, llamado Charles E. Goodnoy, declaró que el sufragio de la mujer le había costado a Chicago en los últimos 5 años $2·347.825. Esta cantidad, dijo él, representa el costo extra de las elecciones desde 1914 a 1918 inclusive atribuído al voto de la mujer.

Las réplicas de las sufragistas fueron prontas y contundentes.

La Presidenta de «The Illinois Sufrage Amendment Alliance», Mrs. Catherine Waugh, dijo:

> "No es digno de ningún hombre este género de crítica. Las mujeres han ayudado a pagar los gastos de las elecciones desde el año 1 y siempre eran los hombres los que votaban. Las mujeres propietarias han pagado siempre una más alta proporción de las contribuciones que los hombres y las han pagado sin el privilegio de votar. Y ahora estamos pagando nuestra parte de las rentas públicas ¿por qué, pues, hablar de los gastos? Otra cosa: si uno examina los hechos, encontrará en seguida que el costo mayor de las elecciones no obedece tanto a que las mujeres voten, sino a la mayor complicación de la maquinaria electoral, y toda esta complicación la estableció el hombre. Si a todas las mujeres se les arrebatase de pronto el sufragio en este Estado, el costo de las próximas elecciones no habría disminuído mucho."

Y otra Presidenta, la del «Club de Mujeres Sufragistas de Chicago», Miss Ella J. Abeel, declaró:

> "¿Conque el voto de las mujeres cuesta tanto? Bueno, ¿y eso qué tiene que ver con el asunto? ¿Acaso el

voto femenino merece menos? ¿Cuesta más el voto de los hombres que el de las mujeres, ¿pero se le ha ocurrido a alguien proponer que se les quite el voto porque cuesta mucho?"

La Conversión de Mr. Taft

Se considera como un gran triunfo del sufragismo en los Estados Unidos el cambio de frente que en su opinión contra los derechos de la mujer ha experimentado personalidad tan eminente en la política americana como William Howard Taft, el famoso ex-Presidente de los Estados Unidos. La conversión se hizo pública en un banquete que tuvo lugar en San Louis entre los simpatizadores de la Liga de Naciones, al que concurrieron 250 mujeres. Mr. Taft, al hacer su nueva profesión de fe, confesó que él había creído antes que la participación de las mujeres en los asuntos políticos no haría mucho diferencia, ya que las mujeres en cualquier comunidad votarían con los hombres. Pero que él ahora piensa de otro modo; primero, porque las mujeres son más sensibles a las cuestiones públicas que los hombres y están menos atadas por tradiciones políticas; y, segundo, porque el inmenso número de mujeres que ahora trabaja en las industrias del país necesita del voto para protegerse, a fin de que no se las trate peor que a los hombres.

Una gran carnicería cooperativa administrada por mujeres surge en Nueva York—Más de dos mil mujeres se asocian en esta empresa

En «El Sun» de New York encontramos un artículo de extraordinario interés en que la escritora Sarah Macdougall nos da cuenta de la proeza realizada hace muy poco por un grupo de mujeres, estableciendo, bajo el nombre de «Sociedad Cooperativa del Pueblo» un negocio de carnicería con el fin de arrebatar a los especuladores sin conciencia el espléndido negocio que venían haciendo al amparo de la escasez de la carne. El negocio es exclusivamente femenino, puesto que son mujeres quienes lo han establecido y son mujeres también las que lo están administrando.

La tienda queda en Avenue C., número 135, en uno de los barrios más populosos y pintorescos de la parte Este de New York.

La presidenta de la Junta Directiva de esta asociación es la señora Philip Gottlieb; pero la organizadora es Mrs. Weingart, quien no hace mucho, antes de que surgiese la idea de la sociedad, se hizo notar por haber acaudillado una tropa de quinientas mujeres que fueron en comisión a presentar sus quejas al Alcalde de la ciudad. Mrs. Weingart y sus compañeras invadieron tantas veces la oficina principal del Bureau Federal de Alimentos, que uno de los oficiales les preguntó un día por qué no abrían ellas mismas una tienda de carnes. Al principio ninguna de ellas hizo caso de la pregunta, pero poco a poco se fueron preocupando de la posibilidad que latía en las palabras del oficial, y así fue como comenzó la iniciativa de la gran empresa. En esquinas y salones públicos levantaban tribuna día tras día y argüían su caso con tal audacia y convicción que los vecinos fueron creyendo en ellas, y reclutaron a otros, hasta que hubo el número suficiente para las bases de la empresa.

He aquí lo que Mrs. Weingart le manifestó a Sarah Macdougall:

"Nosotras no estamos en este negocio con el objeto de hacer dinero, sino simplemente para ayudarnos mutuamente. Esta tienda es un éxito. Siempre está llena como la vió usted ayer. Puede que abramos más tiendas pronto. Necestamos urgentemente tiendas para el expendo de leche a fin de que las mujeres pobres puedan tener leche para sus hijitos durante todo el verano. Nos proponemos que los niños de este barrio tengan siempre alimento sano, limpio y saludable. Aquí la carne es más barata que en ninguna otra parte y además sabemos que está en buen estado siempre."

Mrs. Weingart explicó también que, aunque sólo las mujeres son elegibles para formar parte de la sociedad, ésta tiene el apoyo material y moral de dos mil hombres. Estos son los maridos de las asociadas. Dosciestas cincuenta mujeres poseen acciones en la sociedad. Ellas han contribuído con cinco dólares por cabeza para el fondo efectivo de la sociedad, y cada miembro paga quince centavos anuales. Esta aportación de cada uno de los dos mil miembros se dedica exclusivamente a los gastos corrientes.

"Nosotras venderemos muchas más acciones en esta primavera," predijo la señora Weingart. "Todo lo que hay que hacer para interesar a las mujeres en un movimiento como este es hacerlas entender. Sentarse uno en su casa y quejarse del alto costo de la vida no conduce a nada. Nosotras nos damos la mano y nos ponemos a trabajar en seguida. Yo me subo a una caja de jabón en la esquina y hablo y los hombres y las mujeres se paran a escu-

char. Oh! sí, yo he hecho eso cien veces. Al principio hablaba en hebreo, pero ahora estoy aprendiendo inglés en las escuelas nocturnas, para hacer discursos en inglés. ¿Por qué las mujeres no han de hacer estas cosas? Esto no nos impide el cuidar de nuestras casas y niños. Usted no encontrará niños más limpios que los míos en ninguna parte. Y bien sanos que están, también! Cuando nuestros maridos vienen a casa del trabajo están demasiado cansados para ponerse a hablar sobre el alto costo de la vida. Pero cuando les mostramos que estamos haciendo algo práctico, inmediatamente nos ayudan. Cuando yo no puedo ir a un mitin, mi marido habla por mí. Uno de los beneficios de esta sociedad es, no sólo el abastecimiento de un artículo tan necesario para la comunidad, sino el sentimiento de unidad colectiva que va despertando a medida que nos acostumbramos a trabajar conjuntamente para un solo fin común. No hay nada que nos haya dado mayores alegrías que las ocasiones en que hemos logrado triunfar de alguna dificultad. Y lo que nosotras hacemos, lo pueden hacer las mujeres en cualquiera otra parte. Trabajar así es mucho mejor que estar sentadas en casa y lamentarnos de que no hay dinero para lo que uno necesita. Las gentes se han sorprendido al ver que unas cuantas mujeres pueden manejar un negocio como este. Yo quisiera ver algunos hombres de negocios manejárselas para vestir y alimentar una familia de seis o siete niños y encima pagar alquiler de casa a razón de 25 dólares por semana. Las mujeres necesitan prepararse a afrontar por sí mismas estas cosas, o de lo contrario no habrá hogar en pie dentro de algún tiempo.

Ingeniosos ardides de las sufragistas americanas para ganar votos en el Senado

El método puesto en práctica por las sufragistas americanas para empujar en el Senado su causa, ha dejado absortos a todos los que directa o indirectamente han tenido ocasión de rozarse con las dificultades prácticas de una campaña de esta clase. Los más astutos profesores de estratagemas políticas se declaran derrotados por el ingenio de estas mujeres llegadas hace un minuto a la arena política.

En el «New York Times» de Marzo 3, una mujer, Miss Maud Younker, Presidenta del Comité de Propaganda del Partido Nacional de las Mujeres, explica el procedimiento usado con tan asombroso éxito. Todo consiste en un sistema de tarjetas—índices en que las feministas anotaban todo lo concerniente a los rasgos morales, sociales, mentales y políticos de cada uno de los representantes y senadores. Esta nota se remonta hasta más allá de la cuna del legislador. Es una documentación completa acerca de sus antecedentes de familia, el ambiente en que creció, su educación, religión, ocupación, etc. Hasta los periódicos que acostumbra leer el interesado figuran en la tarjeta correspondiente, que incluye también sus recreos y deportes favoritos y el café y el club que visita. Cada vez que una propagandista del Comité visita a un legislador, lleva consigo un apunte que contiene todas las anotaciones del índice consideradas como las más útiles para arrancarle la información que se desea. Y todo lo que dice el legislador en la conferencia se registra en la tarjeta marcada con el título "Exactas respuestas y observaciones". Ojos de gavilán están pendientes del pobre legislador, aunque él no lo sepa, y cada palabra suelta va a caer en el archivo, para sacarla a relucir en el momento preciso contra él.

¿Se le ocurre a la pobre víctima inocente declarar que él no cree que su distrito está muy interesado en el sufragio femenino porque suele recibir muy pocas cartas en este sentido de sus comitentes? Pues no tarda el batallón femenino en probarle que se ha equivocado. Al momento una lluvia de telegramas y cartas pidiendo el sufragio femenino inunda el despacho del legislador. Y del efecto maravilloso del procedimiento podemos juzgar por lo que nos cuenta la misma talentosa señorita Younger, quien en el mismo artículo mencionado nos habla de un senador que se desesperó tanto bajo la inundación de telegramas y cartas procedentes de su distrito al conjuro de las ligas feministas y de sus simpatizadores, que dió su palabra solemne de votar por el sufragio femenino, a condición de que se hiciera cesar aquel diluvio, pues todos sus empleados de oficina estaban ocupados todo el día recibiendo y contestando las cartas y telegramas. El mismo declaró que no estaba convencido, pero que cedía para librarse de aquella calamidad.

Otras veces las hábiles ratoneras femeninas atrapan al legislador obstinado por el lado económico. Muchos de ellos suelen tener el apoyo de la caja de un amigo o de una corporación. Pues por ese lado se le ataca en caso necesario. Cedámosle la palabra a Miss Younger:

"El otro día precisamente acudimos al protector financiero de un senador que nos estaba haciendo una fuerte oposición. El

protector quedó convencido pronto de que el porvenir del senador dependía de que se pusiera de nuestra parte. Y prometió escribirle inmediatamente y esperamos un cambio radical en el voto de dicho senador en el momento oportuno. Veintidós senadores han cambiado de actitud en favor del sufragio femenino desde que yo llegué a Washington, (en 1916)."

Los gastos en Washington de este Comité de Propaganda durante el año, han sido 100,000 dólares. La suma no es despreciable, pero el archivo solo, la famosa colección de tarjetas que han recogido las huellas de tantas vidas de encopetadas personas en sus momentos más íntimos, constituye un arsenal histórico que vale por sí solo mucho más de los cien mil dólares.

Las monjas votando.—La primera elección democrática en Alemania.—Lo que dicen los periódicos de Berlín acerca de las elecciones que elevaron al poder a los socialistas moderados

Desde cualquier punto de vista que se le mire, el acto político envuelto en estas elecciones no puede menos de considerarse como uno de los grandes episodios históricos de este siglo. Con sólo tener en cuenta que las citadas elecciones han tenido lugar como inauguración del nuevo régimen democrático, sucesor del viejo régimen militarista y autocrático del Kaiser, se tiene idea de la significación de este primer paso del pueblo alemán en la nueva vía que se le abre después de la guerra. A continuación recogemos los datos más salientes de la larga reseña que publican los periódicos.

El día electoral transcurrió sin disturbios. El número de electores que concurrió a las urnas fue muy grande, alrededor de un 90 por ciento de todos los ciudadanos con derecho al voto. En las primeras horas de la mañana la aglomeración frente a las urnas fue inmensa; pero al medio día ya la corriente había decaído mucho y en la tarde quedaron casi totalmente desiertas las calles donde se votaba.

Fuera de algunos barrios donde algunas gentes habían organizado celebraciones con música, películas y heraldos, Berlín daba la impresión de los días normales. Esta calma se debió en gran parte a la gran vigilancia de las patrullas militares. Siete divisiones fueron traídas para ponerlas de guardia en plazas y calles. En todos los colegios había tres o cuatro soldados con rifles encargados de custodiar el orden de la elección. En varios puntos de la ciudad las tropas estaban dispuestas a actuar enérgicamente a la primera señal de motín.

Por primera vez participaban las mujeres en unas elecciones generales. Jóvenes y viejas acudieron en las primeras horas de la mañana mostrando un gran deseo de no perderse la ocasión de votar.

Pero la nota más rara de toda esta jornada política la dieron las monjas de los religiosa que negara su concurso a la gran sus hábitos religiosos a depositar su papeleta electoral. Las ursulinas votaron a las 10 de la mañana, llegando al barrio que les correspondía en coches cerrados. Y así las «Hermanas dominicas», «Hermanas de María», etc.; no quedó en todo Berlín ninguna religiosa que negara su concurso a la gran batalla electoral.

Sólo en un barrio, Leipzigerstrasse, entre Mauer y Wilhermstrasse, se registró un conato de disturbio, pues algunas granadas fueron arrojadas durante el día desde los techos cercanos a la calle.

En varios colegios hizo su aparición por la tarde un hombre con uniforme de capitán, en automóvil, quien declaró que tenía el encargo de recoger todos los datos de la elección de parte de los jueces, a las ocho y media, y que con ese fin volvería. Los oficiales electorales se extrañaron de la contradicción entre esta orden y las que habían recibido previamente e hicieron pesquisas al efecto, averiguándose después que todo era un ardid para apoderarse de las notas de la elección. El hombre del automóvil parece que se enteró a tiempo, pues no se volvió a presentar.

Para dar una idea de la afluencia de votantes basta saber que en Potsdam, la antigua ciudad militar, donde había 23 colegios electorales, votaron 40,700 personas. Y dos terceras partes de estos votantes fueron mujeres.

La doctora Julieta Lanteri

La Doctora Julieta Lanteri de Renshaw lanzó su candidatura para Diputado Nacional en las recientes elecciones que han tenido lugar en Buenos Aires. Suponemos que la flamante sufragista argentina no habrá alcanzado la victoria, porque el hecho insólito de que una mujer baje a la arena política a disputarles el voto a los hombres que han hecho profesión parásita de ella, ha debido levantar grandes marejadas de enconados prejuicios en la opinión, conservadora aún, de los elementos denominados liberales de aquel país. Pero el triunfo o la derrota de la señora Lanteri de Renshaw no es realmente lo que interesa, sino

el espectáculo nuevo que ofrecerá de hoy en adelante la lucha cívica en la Argentina. Ella ha anunciado la organización de un pequeño ejército de mujeres ilustradas y educadas políticamente para librar batalla en las sucesivas campañas electorales. Como jefe de un partido feminista, la Dda. Julieta Lanteri de Renshaw reune prendas insuperables de claro talento, amplia cultura y carácter organizador. Ella fue la creadora del afamado Congreso del Niño, la institución intelectual de mayor trascendencia sociológica y de más bien obtenidos prestigios continentales que ha nacido en Hispano-América y que reune todos los años a reputados pensadores, sociólogos, políticos y educacionistas para discutir los grandes problemas sociales y pedagógicos que afectan a los pueblos de nuestra raza. No se trata, pues, de una mujer más o menos desorbitada, marisabidilla y locuaz, como las que suelen pintarnos con su imaginación de comadres chismosas los botarates ilefrados que caricaturan el feminismo. La Dra. Lanteri es una mujer sin artificios, dotada de las más bellas prendas morales, mujer de ciencia (es médico) y de inequívoco altruismo humanitario; no es joven ni bella, pero sí muy insinuante y seductora, por su ingenio rtavieso y cáustico, aunque sin pizca de veneno, por sus innumerables actos generosos, y sobre todo, por ser una mujer completa, antípoda de la mujer convencional, que en vez de rendir culto a las mojigaterías arraigadas en nuestos medios, se lanza al mundo con el alma al aire libre, dispuesta a ensanchar el pequeñísimo escenario de la vida social en que se mueve la mujer hispano-americana. La tierra está todavía virgen entre nosotros; pero no estéril para la siembra de tales ideales.

Pronto tendrá la América del Sur figuras femeninas tan grandes y admirables como las que hacen el orgullo de la América del Norte.

Una huelga de mujeres que deja estupefactos a muchos.

Entre las huelgas recientes en todo el mundo ninguna dejó al público tan estupefacto como la que llevaron a cabo en los Estados Unidos las muchachas del teléfono. La noticia de que desde el Estado de Maine hasta Rhode Island las telefonistas habían dejado a un tiempo sus puestos en señal de protesta contra Mr. Burleson, por el mal trato que éste les venía dando, se apoderó de la pública imaginación como ningún otro suceso del día. Y en realidad era de sorprender grandemente el hecho insólito de que unas simples muchachas habían demostrado el enorme poder de paralizar súbitamente el servicio telefónico en seis Estados y producir alarma y confusión general en los centros mercantiles, sociales y burocráticos. Y lo más de admirar es la manera ingeniosa y metódica en que dieron su batalla las muchachas.

En Diciembre de 1918, expiraba el contrato estipulando la vieja escala de los salarios de los empleados, y como resultado del aumento tremendo en el costo de la vida, las telefonistas se creyeron más que nunca con derecho a solicitar una nueva escala de salarios. Y aquí fue donde nuestro señor Burleson se hizo sentir. Durante seis años había venido funcionando la Junta o Tribunal de ajustes entre los operadores y la compañía. Pero Mr. Burleson, enemigo a muerte de todo lo que signifique personalidad colectiva para contratar en los empleados, repudió el tribunal de ajustes. Sobrevino la huelga inmediatamente.

Pero el rasgo principal, el más sorprendente de esta huelga originalísima, fue la manera como las telefonistas no organizadas de los pequeños pueblos y aldeas perdidos en los llanos de Maine y de Vermont respondieron inmediatamente al grito de protesta de sus compañeras de Boston. En cada gran asamblea de las muchachas de Boston se leían numerosos telegramas que llegaban desde los más remotos rincones. He aquí un delicioso ejemplar de uno de estos telegramas de pueblo chiquito:

"Un ciento por ciento fuera—las cuatro juntas nos hemos salido a la misma hora y estamos en manifestación desde ayer por la mañana a las 7. Tenemos mucha hambre. Envíennos ayuda."

En otro pueblecito la telefonista jefe se marchó con las muchachas y nadie pudo llegarse al aparato, porque ella tenía la llave en el bolsillo.

Que esto fue una gran victoria para las telefonistas, aunque sólo temporal, no hay quien lo niegue; pues no habían transcurrido cinco días cuando ya las muchachas habían obtenido garantías suficientes mediante las cuales consintieron en volver a trabajar. Y así terminó una de las más estimulantes pruebas de que la conciencia de sus derechos sociales va despertando rápidamente entre los trabajadores y trabajadoras de la tierra.